Nº 636
10
Junio
2022
Viernes

Cada día más pasmados

Emilio Álvarez Frías

En esas andamos, aunque intentamos cambiar de apariencia, toda vez que, sin querer, podríamos meternos en la risa sardónica, o patológica que diría un psiquiatra, cosa que nos puede suceder sin necesidad de tomar esa especie de hierba, lo que tiene mucho malaje, pues sería el equivalente a quedar con la cara un tanto defectuosa, de tonto perdido, aunque el individuo que la adquiera sea muy despierto. ¿Y por qué ese temor? Simplemente por seguir las andanzas de Pedro Sánchez cada día sin duda deja pasmados a muchos de los españoles que andan en busca del pan unos y otros al encuentro de la verdad. ¿Qué dónde está la verdad? Si nos aproximamos a la biblia llegaremos a la conclusión de que la Verdad es la Revelación de Dios como Palabra. Y fuera de esto nada se puede considerar como verdad verdadera. Aunque nosotros, para andar por casa y quedarnos tranquilos, solemos asegurar que a verdad es lo que funciona, lo que tú haces que sea verdad, lo que nos dice la ciencia, la tiranía que debe ser rechazada. Pero en cuanto puedas oponer algo que se oponga a lo que se ha calificado como definitivo dentro de esos conceptos, la verdad habrá dejado de serlo.

Siendo tan complicado la cosa, nuestro querido Pedro Sánchez, con su cara sonriente entre de cínico y de condescendiente con el auditorio vestido de memo, continuamente está exteriorizando la verdad de sus haceres, de sus geniales ocurrencia, de sus magníficos decretos, de que lo que él cuenta, aunque sea mentira demostrada, va a misa –que diría un castizo–, dejándonos a todos fuera de nuestra verdad porque no somos capaces de pensar, de crear, de saber lo que funciona. Y se regodea en manifestar, a través de su discurso, arenga, alocución o lo que en ese momento esté aduciendo, con la pretensión de que cantemos aleluyas alabando su genialidad en todos los saberes.

Palabra, es aburridísimo estar siempre pendientes de las proclamas que nos lanza. Es aburridísimo vernos obligados a estar al día de lo que dice. Es aburridísimo tener que desdoblar sus pregones para intentar para intentar conocer que es lo más conveniente.

Y con su jocosidad que le caracteriza nos anuncia, pleno de seguridad, que continuará mucho tiempo en el sillón, pues es el único que puede dar a España lo que se merece. Y lo dice aunque hable en contra de la opinión del casi todo el país, incluyendo a sus ministros, que cada cual anda buscando su personal

arreglo que no es plenamente coincidente con las alegorías que él nos presenta para que vayamos cayendo en la red. Incluso los de fuera, por lo que se ve y de lo que se oye, piensan que es un individuo que merezca la pena contar con él salvo como maestro para hacer trampas, engañar al personal, disfrutar de lo que no es suyo, destrozar la historia creando una nueva, y hacer un barrido de los valores que deben ornar a las personas para convertirlas en muñecos insulsos.

Lo que es verdad para una parte de la población de España, es que debe desaparecer de la política, yéndose con Begoña a disfrutar en algún rincón del mundo donde nadie lo conozca, por ejemplo la República Dominicana cuya nacionalidad se ha puesto de moda para políticos jubilados.

En esa esperanza, hoy nos acompaña un botijo de barro envejecido que nos ofrece Casa Quintín, de La Rioja, especialmente preparado para el vino, como no podía ser de otra forma dado la procedencia.

* * *

El cortijo de Occidente

En Rusia, la nación hace desaparecer a los oligarcas y, en Occidente, los oligarcas han hecho desaparecer a las naciones.

Sertorio *(El Manifiesto)*

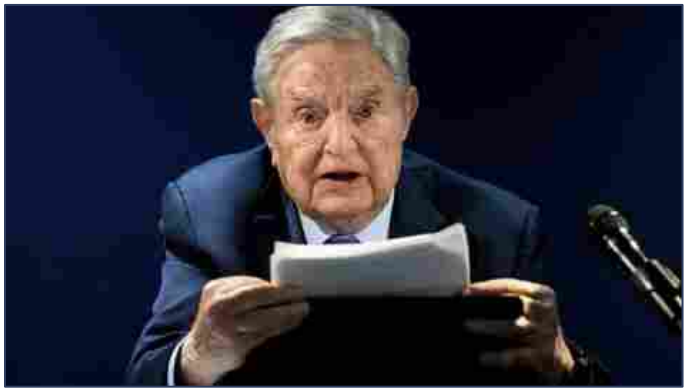
El pasado 24 de mayo, en el foro de usureros de Davos, el soi–disant filántropo y evidente agiotista George Soros hizo un llamamiento a la guerra contra Putin, con el fin de salvar al planeta del cambio climático y del «caos» con que parece que nos amenaza Rusia. Elogió al gobierno ucraniano por no sentarse a negociar la paz con Moscú y también tuvo su momento de emotivo recuerdo a los países de la Unión mal llamada «Europea», que han optado por el suicidio energético antes que por un arreglo diplomático, todo a mayor gloria y beneficio de los Estados Unidos. El nonagenario Harpagón tiene sus motivos: recordemos que la diferencia esencial, lo que hace incompatibles a Rusia y Occidente, es que, en Rusia, la nación hace desaparecer a los oligarcas y, en Occidente, los oligarcas han hecho desaparecer a las naciones. Para Soros, está claro que la «civilización» –es decir, el control del mundo por unos cuantos multimillonarios– depende de la derrota de Rusia en el Donbass, evento a día de hoy muy poco probable; por lo tanto, su «civilización» cada vez corre mayor peligro.

Suponemos que, para el cacique global y exhúngaro, «civilización» debe de ser casi sinónimo de «Occidente» y, en este caso, tiene hartos motivos para defenderlo, ya que lo ha comprado y lo ha reformado a su capricho. Sí, el Occidente del siglo XXI ya no es la civilización heredera de las catedrales góticas, las madonas renacentistas y los palacios barrocos. Tampoco lo es de sus pueblos y naciones, que conformaron una sola cultura europea gracias a la variedad de sus tradiciones locales y a la herencia grecorromana. No es la actual Europa la de Ulises y Don Quijote, sino la de Popper y Shylock. Todo nuestro legado tradicional ha sido hecho trizas –deconstruido– y tirado a la

basura por universitarios e intelectuales de todo pelaje, que han desarrollado en los últimos cincuenta años la industria de la culpa y enseñan desde las cátedras y las televisiones, todas subvencionadas por Soros y sus compadres, que las creaciones de nuestra cultura son el fruto del machismo, el sexismo, el racismo, el imperialismo, el militarismo, el fanatismo religioso y el nacionalismo, todo lo cual culmina en un «ismo» definitivo, máximo, auténtica abominación de la desolación del liberalismo totalitario que nos domina: el supremacismo.

Si usted disfruta del teatro de Calderón, de los lienzos de Caravaggio, de los acordes de Haydn o de los alardes arquitectónicos del divino Borromini y le parecen las cumbres de una civilización excelente, entonces usted es un supremacista. Si considera que Colón, Cortés, Vasco de Gama y Magallanes fueron unos héroes y su obra benemérita, ha subido en un grado su maldad: ya es un racista. Y si piensa que la familia y la religión tradicional daban un lugar en el mundo al hombre, que lo integraban orgánicamente en una comunidad orientada hacia el bien común y unida por lazos de fe, linaje e historia, entonces ya es usted peor que Putin, Shoigú y Kadyrov juntos.

La cárcel global, el panóptico informático al que nos han aherrojado los ricachones de Davos, se cimenta precisamente sobre la destrucción de los lazos orgánicos que han formado toda cultura que haya existido en la tierra: la familia, la religión y la patria deben diluirse en el Nuevo Orden Mundial, dictadura malthusiana que exige la reducción de la persona a la categoría de mónada sin nación, sin Dios, sin hijos y hasta sin sexo: un simple individuo, un número que consume, produce, enferma, obedece y cree en lo que haya que creer: en la nueva pandemia que nos promete Bill Gates, en los armagedones climáticos y climatéricos de la niña Greta, en las aberraciones de género de las universidades americanas, en la culpa colectiva del hombre europeo, en los metaversos del charlatán de feria Zuckerberg o en las «verdades» de las falaces verificadoras que ellos pagan. A eso, a un creyente sin alma ni cerebro, ha quedado reducido el hombre occidental: un consumidor de tratamientos médicos que espera delante de una pantalla su inevitable sustitución por mano de obra más barata. Por primera vez en la historia, el europeo ya no trabaja por sus hijos, por su descendencia, sino para la progenie de otros.



Occidente hoy

¿Qué es Occidente hoy? Un club de millonarios. De megamillonarios, para ser más exactos. Los pueblos y las naciones de Europa están en pleno proceso de extinción y amalgama, todo para configurar un *melting pot* sin tradición, sin patria, al que sólo liga la idolatría del mercado. Sin sangre, sin pasado, sin raíces, como un Hong Kong o un Singapur a escala continental. Todos iguales por el rasero más bajo, todos semejantes y nadie diferente. El sueño húmedo

de la socialdemocracia europea. Y, ante todo, el culto del vacío, de lo estéril: la ligadura de trompas como seña de identidad del Occidente plutocrático; el biocontrol como próxima meta del capitalismo desencadenado y rabioso que padecemos.

El Occidente de Soros y de sus sayones de la OTAN es una gran clínica de abortos, es una avenida llena de chusma celebrando el *Gay Pride*, es una turba de feminazis con las bragas enrojecidas, es el derribo de las estatuas de Colón, de Junípero Serra, de Cervantes.

El Occidente de Bruselas son los niños a los que cambian de sexo, pero a los que no les dejan ir a los toros. Occidente es la iglesia vacía y la mezquita que se construye en nuestro barrio. Occidente es la destrucción y condena de nuestros antepasados y de sus creaciones. Occidente es el puente histórico de Rotterdam, que se derriba para que pase el yate faraónico de Jeff Bezos, Trimalción moderno y enterrador del pequeño comercio. Occidente es el tongo ucrogay en el pandemónium de cacofonías, horteradas y dislates de Eurovisión. Occidente son los monigotes políticos como Macron, Trudeau o Sánchez, empleados de la oligarquía cuya función es sacrificar el interés nacional ante la cuenta de resultados de los cresos de Davos. Occidente es la empresa familiar que cierra y la franquicia multinacional que abre. Occidente es una ciudad llena y los campos vacíos. Occidente es el culto del cuerpo y la muerte del alma. Y Occidente es usura y es Soros, la hacienda yerma que esquilman los que, como dijo Pound, «han traído putas para Eleusis».

¿Y por este cortijo de unos cuantos señoritos apátridas vamos a pasar frío y puede que hambre en un invierno que cada día está más próximo? Si la antítesis de esta «civilización» es Rusia, entonces tenemos motivos de sobra para desear la victoria de Putin.

* * *

¿Por qué Biden no quiere a Sánchez?

Un notable miembro de la ciberseguridad norteamericana explicó a un reducidísimo número de conspicuos españoles que los informes que maneja la Inteligencia norteamericana sobre Sánchez son inquietantes

Bieito Rubio *(El Debate)*

España, que –a pesar de los pesares– podría considerarse uno de los diez países más importantes del mundo, está perdiendo toda su entidad internacional desde que Sánchez ocupa la Moncloa. Los marroquíes nos toman el pelo, porque nos tienen tomada la medida y no sabemos lo que saben de Sánchez. Los argelinos, estratégicos también para nosotros, han decidido romper las buenas relaciones, solo vamos a tener relaciones, pero la

amistad queda relegada. Y es que con Sánchez se rompe, por regla general, cualquier idea de consenso y buen trato, tanto dentro como fuera de España. De todos modos, de nuestras actuales desastrosas relaciones internacionales, lo más inquietante es la actitud de Estados Unidos con España. Un notable miembro de la ciberseguridad norteamericana que pasó estos días por Madrid explicó a un reducidísimo número de conspicuos españoles, en una cena muy privada, que los informes que maneja la Inteligencia norteamericana sobre Sánchez son ciertamente inquietantes y van más allá de lo que Marruecos haya podido obtener del móvil con Pegasus. Por cierto, el sistema de espionaje lo puede obtener, previo pago de una considerable cantidad, quien lo desee. Así pues, mi pregunta es: ¿qué saben los norteamericanos de Sánchez que los españoles ignoramos? Vamos a esperar a que se celebre esa cumbre de la OTAN, en la que nuestro narciso tantas esperanzas tiene puestas, y veremos el lenguaje verbal y corporal de Biden. Si 28 segundos de monólogo le dieron a Sánchez para una rueda de prensa de diez minutos, con la cumbre de la OTAN, ya veo al negro literario de sus obras preparando varios volúmenes, cual obras completas. La duda, sin embargo, debería inquietarnos si no viviésemos en una sociedad altamente narcotizada.

* * *

Yolanda y el gobernador

Se equivoca gravemente Díaz al cuestionar el conocimiento y la capacidad de análisis no ya de Hernández de Cos, sino de los profesionales del Banco de España

Agustín Valladolid *(Vozpópuli)*

Seguro que me cae algún palo por el titular. Por la inadecuada familiaridad, dirán, con la que trato a la vicepresidenta segunda del Gobierno en contraste con la respetuosa distancia, cargo mediante, que utilizo para referirme a Pablo Hernández de Cos. Nada más lejos de mi intención disminuir los méritos de Yolanda Díaz. Simple economía de espacios. Como adepto que soy al marketing político siento una sincera admiración por la vicepresidenta. En tiempo récord ha pasado a ser uno de los personajes más conocidos del país. Desde un currículo discreto, ha superado a todos como la política mejor valorada en las encuestas.

Tranquilos, no voy a comparar los currículos de Yolanda Díaz y Hernández de Cos. Sería improcedente. Un ejercicio de notorio mal gusto. Entre otras razones, además de la obvia, porque en ningún lado está escrito que para dedicarte a la política tengas que ser un cerebrito. Hasta podría ser poco reco-

mendable. Y hoy, sin duda, una remota aspiración social. Salvo que seas italiano y puedas echar mano de un tal Draghi. No, no veo yo a Hernández de Cos en la arena de la política; de esta política. Pero mucho menos a la señora Díaz en la silla del gobernador. Así que dejémoslo ahí: cada uno en su sitio, cumpliendo con su parte. O ahí, al menos, deberían dejarlo quienes están más obligados que nadie a defender la autonomía de las instituciones y a velar por la salud de la democracia.

«El gobernador del Banco de España vierte opiniones sobre asuntos que no son de su competencia», ha dicho una irritada Yolanda Díaz. ¿También se sobrepasa Hernández de Cos cuando afirma en sede parlamentaria que hay que proteger del impacto de la crisis a las rentas más bajas? Se equivoca la vicepresidenta de enemigo. El diagnóstico y las recetas del Banco de España las firmarían hoy los socialdemócratas alemanes, suecos o daneses; y lo sabe. Lo que le molesta a Díaz es que la cabeza más visible del regulador, en el ejercicio de su responsabilidad, haciendo gala de su prestigio y de su independencia, y constreñido a atenerse a la verdad, cuestione la euforia de un Gobierno que no tiene ningún pudor en vender prematuramente, por ejemplo, la drástica reducción de la precariedad laboral cuando lo único hasta ahora comprobable es que lo que ha cambiado no es la precariedad sino el nombre que se le da.

Se equivoca Yolanda Díaz cuando pretende coartar con sus destempladas declaraciones la independencia de criterio del gobernador, intentando encapsular las opiniones de éste en un compartimento exclusivamente técnico. Pero la política monetaria no es, como parece creer la vicepresidenta, una vertiente inocua de la política económica. De las decisiones que en estos meses tome el Banco Central Europeo, y de las que tome el Gobierno para compensarlas, va a depender en gran medida nuestra capacidad de recuperación. Y de eso es de lo que viene alertando, como es su deber, Hernández de Cos. Y se equivoca gravemente Díaz al cuestionar el conocimiento y la capacidad de análisis no ya de Hernández de Cos, sino del equipo del Banco de España, al que, en un alarde de imprudencia, y hasta de irresponsabilidad, achaca un «profundo desconocimiento» sobre el mercado laboral y la realidad de las pensiones.

Son comprensibles los nervios de la vicepresidenta. De hecho, la única explicación plausible a un ataque tan furibundo es que este obedezca a la tentativa de impedir en el futuro que desde el Banco de España, y a través de la figura de quien probablemente es el gobernador más independiente y con más prestigio internacional de los que han pasado por aquella casa, se siga cuestionando la viabilidad de las medidas sobre las que Yolanda Díaz pretende construir su proyecto electoral. Un proyecto respetable, pero que sigue en barbecho, y cuyos enemigos principales no se sientan en ningún despacho del viejo Palacio de Alcañices, sino en la mesa del Consejo de Ministros.

La postdata: Escrivá, ¡jubílate ya!

Otro de los que se ha atrevido a criticar alegremente al Banco de España ha sido el ministro de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones. José Luis Escrivá vio «falta de sofisticación y de elementos tangibles y científicos» en los comentarios que el regulador hizo en su informe anual a la sostenibilidad de la última reforma de las pensiones, que las liga al IPC.

Es curioso lo de este hombre: estupendo presidente de la Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal (AIREF) y ministro manifiestamente mejorable. Lo que decíamos al principio: ser el primero de la clase no garantiza una gestión eficaz. El deterioro de la atención a los ciudadanos en la Seguridad Social roza lo indecente. Todos los días conocemos algún caso sangrante.

Como el de un camarero al que le dicen que se jubile por internet. O por teléfono. Un trámite que solo haces una vez en tu vida, trascendental, y te mandan a hacerlo por internet. Seguimos igual, si no peor. En Madrid, y en otras ciudades, no hay manera de conseguir cita previa para pedir presencialmente la jubilación; para que un funcionario dedique una hora de su tiempo a revisar concienzudamente tus datos y, sin errores –extremo no siempre garantizado– proceda a activar tu pensión. Una vergüenza. Y Escrivá pidiendo sofisticación.

* * *

Más humildad y menos prepotencia, Sánchez

El control al Gobierno en el Senado es una vez al mes. Se admiten apuestas. Quince a nada a que después de lo visto en esta primera confrontación, al presidente le van a surgir compromisos que le impiden comparecer en bastantes de las citas. Arrieritos somos

Ramón Pérez-Maura *(El Debate)*

Por primera vez –probablemente en toda nuestra democracia– el Senado de la nación vivió ayer una sesión de enorme repercusión. Sánchez tenía que defenderse desde la Cámara Alta de las críticas del jefe de la oposición. Y no tuvo una buena tarde. A estas alturas, con su caída en todas las encuestas y los datos económicos incontestablemente malos salvo en la recaudación de Hacienda –que son buenos para él, pero malos para quienes pagan y no tienen para llegar a fin de mes– lo menos que podría hacer el presidente del Gobierno es demostrar un poco más de humildad en la mirada, borrar la prepotencia de su gesto y simular que escucha a su interlocutor, que tiene bastante más experiencia de Gobierno que él y con muchísimo más

éxito. Pero Sánchez hace tiempo que llegó a la conclusión de que no hay otro que esté a su altura. Todo lo más, tal vez dejaría a Núñez Feijóo que le lustre los zapatos.

Cuando Feijóo reivindica el plan económico que le presentó en Moncloa –y al que Sánchez ha despreciado sin matices, como si algo de lo que él ha propuesto económicamente hubiese tenido alguna repercusión positiva para nuestra economía– Sánchez cambia de tema y dice que este es un Gobierno que cumple la Constitución. Como si alguien le hubiera preguntado por ello y tuviese algo que ver con lo que se estaba debatiendo. Pero Sánchez sabe muy bien no contestar nunca a lo que se le pregunta porque no tiene respuesta. Siempre saca algún mantra que hoy es irrelevante. Y menos mal que no se ha atrevido a volver a sacar la corrupción del PP, porque en plena campaña andaluza, con el PSOE despeñado y José Antonio Griñán, expresidente del PSOE y de la Junta de Andalucía a punto de ver confirmada su sentencia de cárcel por corrupción, quizá era un día en el que no tocaba hablar de eso, como diría ese estadista catalán impune conocido como Jordi Pujol.

Creo que Núñez Feijóo demostró ayer las virtudes de hacer oposición desde el tono mesurado. Recordó a Sánchez que no tiene socios de Estado cuando éste dijo que el PP no es un partido que esté aplicando políticas de Estado. Hizo bien en sugerir al presidente que se diera una vuelta por la calle, por la misma Gran Vía de Madrid, a ver qué escuchaba. Y tuvo que soportar que mientras que él planteaba a Sánchez la gravedad del momento económico que vivimos y la recaudación que está dejando a los españoles sin recursos, el presidente le respondiera hablándole de la conveniencia de retirar el término «disminuidos» en la Constitución o de la «transición ecológica» que debe de ser lo que más preocupa en este momento a los que no llegan a fin de mes.

Núñez Feijóo tuvo ayer una intervención moderada en la que criticó duramente a Sánchez, pero sin insultos y sin agresividad. Estamos viviendo un cambio relevante que se resumió en dos de las frases de Feijóo a Sánchez: «Las familias españolas están bastante cansadas de su triunfalismo» y «olvídese del efecto Feijóo y céntrese en el efecto de la inflación». Entramos en una nueva fase de esta legislatura. El control al Gobierno en el Senado es una vez al mes. Se admiten apuestas. Quince a nada a que después de lo visto en esta primera confrontación, al presidente le van a surgir compromisos que le impiden comparecer en bastantes de las citas. Arrieritos somos...

* * *

Todas las crisis traen un pan debajo del brazo. ¿Qué hemos aprendido de las dos últimas?

No siempre las recesiones son producto del desgobierno. Incluso las economías mejor administradas se ven afectadas por choques externos, como una guerra

Miguel Ors Villarejo *(TheObjetive)*

Oí una vez que con las guerras se aprende mucha geografía, y es cierto. Las de Yugoslavia nos ayudaron a colocar en el mapa a Belgrado, Zagreb, Liubliana o Split, que hasta entonces creíamos que eran equipos de baloncesto. Tampoco quedarán muchos que, tras la invasión de Ucrania, no sepan dónde están Odesa, la península de Crimea o el mar de Azov.

Con las crisis pasa algo parecido: se aprende mucha economía.

Tema 1. La inflación

Antes de 1973, por ejemplo, había cuajado en buena parte de Occidente (con la excepción de Alemania) la convicción de que la inflación era un mal menor. Franco recurría rutinariamente a ella para estimular el crecimiento y, solo a base de un enorme desgaste, los tecnócratas consiguieron convencerlo de que así no íbamos a hacer carrera. «Nos apretaremos el cinturón, Navarro», le dijo resignadamente en 1959 al entonces ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio.

Muchos populistas comparten todavía la idea de que una pequeña espiral tampoco es tan grave, pero antes del embargo petrolífero no estaban solo en Venezuela o Argentina, sino en el corazón de la Casa Blanca. Paul Krugman cuenta en *Vendiendo prosperidad* que «en 1968, Lester Thurow [profesor de Harvard y miembro del Consejo de Asesores Económicos de Lyndon Johnson] abogó por una política nacional de paro del 3%, aceptando las consecuencias inflacionistas, como condición necesaria para sacar a los grupos minoritarios del círculo vicioso de la pobreza».

«Naturalmente», sigue Krugman, «nada de esto ocurrió». El IPC de Estados Unidos se fue al 13% y el desempleo, al 10,7%.

La dura medicina aplicada a partir de 1980 por Paul Volcker desde la Reserva Federal inauguró, por el contrario, un prolongado periodo de bonanza y todos nos concienciamos de la importancia de tener los precios controlados.

Así aprendimos lo que es la inflación.

Tema 2. El déficit público

La siguiente materia del temario fue el déficit público. Recuerdo a un prócer socialista argumentando en *La Clave*, en vísperas de la arrolladora victoria de

Felipe González en 1982, que no había que tener miedo al déficit público. Convirtiendo en regla general lo que John Maynard Keynes consideraba una excepción para tiempos de crisis, los aprendices de brujo de la izquierda pretendían administrar a España una inyección de gasto que, igual que el óxido nitroso de Fast and Furious, nos diera un soberano empujón y nos permitiera recuperarnos en una legislatura de nuestro secular atraso.

Naturalmente, parafraseando a Krugman, nada de esto ocurrió. Sucede que el efímero acelerón inicial se ve más que neutralizado por el peso de la carga financiera, que lastra la capacidad de crecimiento. Este empobrecimiento no es instantáneo, por lo que no es desgraciadamente fácil de apreciar por el ciudadano. De ahí que tantos salvapatrias sigan insistiendo en la falacia de que la deuda (per se y sin otras reformas estructurales) es indispensable para el desarrollo.

Lo que sí es más perceptible es el fenómeno contrario: el progreso que experimenta una nación cuando sanea sus cuentas. Esa disciplina del gasto fue la receta que aplicó el PP tras su victoria de 1996. Lejos de «poner en peligro» gastos e inversiones «fundamentales para un mayor crecimiento futuro», como alertaba el Consejo Superior de Cámaras de Comercio y *El País* recogía agoreramente, la reducción del déficit público acometida por José María Aznar y Rodrigo Rato suscitó la aprobación entusiasta de los mercados, cuyo viento favorable resultó decisivo para incorporarnos en la primera ola del euro.

Así aprendimos lo que es el déficit público.

Tema 3. La balanza exterior

El tercer tema que nos cayó fue la balanza de pagos. Recuerdo una entrevista que le hice a Luis Ángel Rojo cuando en 2006 le concedieron (con toda justicia) el premio Jaime I de Economía. «La situación de España no es sostenible, viene una racha mala», me advirtió. Pongámonos en contexto. Occidente, 2006. «El problema central de la prevención de la depresión está resuelto», sostiene el nobel Robert Lucas. Hemos entrado en la Gran Moderación, asegura Ben Bernanke. Ya no hay ciclos económicos. Alan Greesnpan nos ha enseñado a domesticarlos y Bob Woodward le rinde homenaje con una hagiografía titulada *Maestro*. La economía mundial crece a un ritmo del 4,5% y la española, del 4,1%. No se ven nubes en el horizonte y nadie ha oído hablar de Nouriel Roubini.

En medio de ese panorama apacible, ¿qué inquietaba a Rojo?

«La inflación y el tremendo déficit de la balanza de pagos», me explicó.

«Pero», le dije yo, «una vez dentro del euro, el endeudamiento que podamos tener con Alemania es como el que tiene Murcia con Soria».

«Los déficits exteriores de las regiones», respondió, «son tan perniciosos como los de los países. Revelan que los agentes de esa región están consumiendo e invirtiendo por encima de lo que les permite su renta, a fuerza de endeudarse [...]. Con el tiempo, esos préstamos hay que devolverlos. La región verá cómo el dinero que circula se reduce, igual que una nación con déficit comercial se queda sin reservas, y deberá restringir sus niveles de consumo e inversión».

Dos años después de aquella entrevista, en octubre de 2008, Lehman Brothers quebraba y arrastraba en su caída a todo el sistema financiero. España acumulaba en ese instante un déficit exterior superior al 10% del PIB y se encontró con que nadie le fiaba.

Así aprendimos cómo funciona la balanza de pagos.

Tema 4. El ciclo real

Una sólida formación financiera no es un antídoto infalible, como lo prueba la cantidad de avezados banqueros que cayeron mansamente en la burda estafa piramidal de Bernie Madoff. Pero una ciudadanía consciente de que los desequilibrios crean una ilusión de prosperidad por la que se acaban pagando las pesetas a duros, será menos susceptible a las soluciones mágicas.

Por supuesto que seguirá habiendo recesiones. Como en el Egipto bíblico, vendrán años de vacas flacas, porque habrá catástrofes naturales, enfermedades y guerras. Y esa es la primera lección de Filomena, la pandemia y la invasión de Ucrania: no todas las crisis son producto del desgobierno; incluso las economías mejor administradas se ven sometidas a choques externos.

Y la segunda lección es que, en tales circunstancias, «lo único que podemos hacer es repartir [la miseria]», como señaló el gobernador del Banco de España, Pablo Hernández de Cos, durante su reciente comparecencia ante la Comisión de Asuntos Económicos del Congreso.

Piensen en lo que ha sucedido. El confinamiento quebró el espinazo de decenas de miles de empresas y dejó malheridas a muchas más. ¿Y cuál fue la respuesta de nuestras autoridades? Apoyarlas con un dinero que no teníamos. Los Estados han debido emitir una deuda que les han comprado los bancos centrales con billetes nuevos. Esa avalancha de papel ha multiplicado la masa monetaria respecto de los bienes existentes y ahora cada bien toca a más billetes o, lo que es lo mismo, cada billete compra menos bienes. Esa es la factura más inmediata de la crisis y la estamos pagando entre todos. Ha sido un acto de solidaridad.

Pretender que se nos resarza ahora con un aumento salarial equivalente es poco maduro. Para empezar, ¿qué clase de solidaridad es esa? Y luego, es imposible. Esa riqueza se ha volatilizado. No está ya. Si nos empeñamos en exigir a los empresarios cláusulas de garantía, trasladarán el sobrecoste a los

márgenes (con lo que invertirán menos y dejarán de crear empleo) o a los precios (con lo que alimentarán una nueva ronda de subidas).

Es verdad que la inflación es el más injusto de los impuestos, porque la paga igual el rico que el pobre. Por eso, Hernández de Cos es partidario de ayudas «focalizadas en las necesidades de los hogares de rentas más bajas y empresas más vulnerables». El resto debemos resignarnos y cobrar conciencia de que «somos más pobres».

Y esa es la asignatura que aún tenemos pendiente.

* * *